

Viernes 19 de Noviembre.—El entierro de la pobre vieja asesinada. (Un crimen que han cometido los montenegrinos para apoderarse de un collar de oro.)

De tal manera me consideran, como del país, que me he encontrado invitado á este entierro y obligado á formar parte de la comitiva. Pascuala iba también con las otras muchachas de la montaña.

Las dos de la tarde. Un día de sol y de calma, que parece un día de verano. El cortejo fúnebre caminaba en zig-zags, entre malezas y flores, por el sendero estrecho que conduce á la capilla.

En el fondo de la nave me hicieron sentar en un puesto de honor, entre Juan y Mateo Ivovitch, en un nicho adornado con antiguas figuras bizantinas,

pintadas sobre un fondo dorado. Un monaguillo vino á darnos á cada uno un cirio encendido, que nos puso en la mano, y fué preciso escuchar todos los rezos del rito slavo, cantados por los sacerdotes de largos cabellos, con agitados compases como danzas de muertos.

Adelanta la estación: decididamente en Europa se olvidan de nosotros. Sin duda pasaremos el invierno en este país.

Estos últimos días han sido horriblemente sombríos. Entre la altura de las negras montañas y las grandes nubes que cubrían el cielo, estábamos como encerrados en un calabozo. La capilla, las aldeas, los grandes bosques de las montañas, todo estaba oculto detrás de las nubes. A las doce del día, en esta especie de pozos de gigantestas murallas, donde permanece la escuadra, reinaba una obscuridad siniestra.

Llovía de tiempo en tiempo, y era la lluvia pesada, espesa, torrencial; entonces ya nada se veía, y el viento gemía con terrible y espantosa voz.

Y después, cuando se rasgaban las nubes y reaparecían las inmensas cumbres de piedra en medio

del horizonte, el conjunto tomaba el aspecto que tomaría si llegara el fin del mundo.....

Yo iba, sin embargo, siempre, por la noche, al cercado de los olivos á buscar á Pascuala. La mar estaba gruesa, muy mala para mi canoa, y daba miedo llegar, en medio de esta noche oscura, al bosque, lleno de ecos misteriosos y de ruidos tan tristes como lamentos. Me parecía que perseguía allí alguna obra maldita, y que todo lo que me rodeaba me dirigía una amenaza de muerte.....

Hoy, todo ha pasado; el cielo vuelve á estar azul sobre nosotros; el hermoso sol caldea la montaña; aún parece verano.

Lunes 22 de Noviembre.—He ido á caballo hasta Castelnuovo, á comprar un fusil para mí y dos estampas para ella, recuerdo que conservará siempre, aunque yo deje su país.

A la salida amenazaba el tiempo; nubes de tormenta se amontonaban por todas partes, alrededor de las cimas de piedra. Toda la cadena del Montenegro estaba oculta por una cortina negra, en la que se dibujaban de tiempo en tiempo los zig-zags de luz blanca del rayo.

Espoleé é hice apresurarse mucho á mi caballo, que tenía miedo. El trueno era más estrepitoso que otras veces en estas montañas; y cuando sonaba, haciéndolo todo temblar, el pobre animal daba un bote de lado y se dirigía hacia los mirtos.

En Castelnuovo comenzó la lluvia; un verdadero diluvio. Mi caballo quedó en la quinta de Mateo Ivovitch; yo entré en un café, establecido como los de Oriente, en donde algunos musulmanes de Albania estaban entretenidos. Al mismo tiempo que hablábamos de las cosas de la guerra, contemplábamos correr el agua á lo largo de los vidrios negros.—Pasaba el tiempo y no cesaba de llover. En la calle había verdaderos torrentes de agua amarillenta, que corrían hacia la mar y desaguaban en ella ruidosos como cascadas.

Enfrente del café estaba la tienda del vendedor de las estampas, en la cual Pascuala y yo debíamos reunirnos, según nuestro convenio del día anterior. Pero Pascuala no llegaba.

Ya había vuelto á montar á caballo para regresar rápidamente á Baozich, durante un claro, cuando de repente, á la puerta de la ciudad, oí una débil voz conocida que me llamaba: «¡Signor! ¡signor!» Era Pascuala, completamente mojada. Se había cubierto la cabeza con su manta montenegrina; sus mejillas estaban enrojecidas por el camino; sus cabellos desgredados por el viento y la lluvia. Abría detrás de mí la puerta de la muralla, y me llamaba con alegre voz: «¡Signor! ¡signor!»

Volvimos juntos á casa del comerciante. Una tienda, un chiribitil obscuro, lleno de objetos de iglesia; imágenes bizantinas, retablos dorados, reliquias, manos y piés de cera, huesos de muertos, con marcos dorados y de perlas.

Pascuala charlaba con un viejo que llevaba gafas, y que rebuscaba en el fondo de sus armarios para mostrarnos todo sus tesoros; ella estaba agitada, conmovida, como un niño que va á poseer una cosa deseada largo tiempo, y que se siente angustiado en su felicidad por el embarazo de la elección.

San Wigberto (cuyo cráneo se conserva en el tesoro de la catedral de Cattaro, en una urna de oro fino y pedrerías), San Wigberto y San Blás fueron las dos únicas estampas que gustaron á Pascuala, y que, después de algunas vacilaciones, se decidió á tomar. Había, sin embargo, santas muy bonitas; pero los dos elegidos tenían traje plateado y estaban sobre fondo dorado, y, sobre todo, los marcos eran incomparables: bajo el vidrio había guirnaldas de tulipanes de todos colores, en relieve, con hojas de metal.—Sonreían los dos santos en medio de estas flores, con la expresión vaga y mística de las figuras de la Edad Media.

A causa de la lluvia se decidió Pascuala, después de algunas dudas, á dejar allí los cuadros hasta el día siguiente, y emprendimos el regreso á Baozich; Pascuala á pié, yo á caballo, bajo un chaparrón no muy fuerte.

Ante nosotros, por el verde camino, llegaba un grupo de marineros italianos, en animada conversación con unas muchachas morenas, escapadas de las casas de prostitución de Cattaro.

Pascuala hizo un gesto y se escondió detrás de las altas malezas, llenas de agua. Entre los matorrales continuó andando á mi paso; yo la veía siempre, y miraba por cima de mi caballo su gorro encarnado; pero los italianos no podían verlo, porque iban á pié. Las muchachas morenas me dirigieron sus sonrisas, y pasó toda la banda sin darse cuenta de que una fresca flor de la montaña caminaba por mí y para mí solo tras los mirtos. Llevábamos media hora de camino, y el chaparrón se hizo mucho más fuerte; encontramos al paso una posada, en donde había bateleros bebiendo. Pascuala rehusó entrar. Tanto peor; la dejé marchar, y me detuve á conversar con los bateleros mientras pasaba el chubasco.

En cuanto pasó salí al galope. Pronto alcancé á Pascuala, que reía de muy buena gana, encantada de sí misma.

Me fué preciso ir á su paso, caminando tranquilamente bajo la lluvia. Sus vestidos estaban calados, y por el corpiño entreabierto se veía correr el agua sobre su dorado pecho.

Cuando llegamos á Baozich tomó el sendero de la izquierda, que conduce á su cabaña, entrando yo en la posada á secarme delante de una hoguera de sarmientos.

La tempestad duró toda la noche, hasta la mañana. Ráfagas terribles, silbidos que hacían estremecer se oían en las montañas. El *Temerario* se movía fuertemente á causa del viento; los barcos rusos hacían otro tanto, y chocaban con sus vecinos, los franceses. Toda la escuadra pasó la noche en claro.

Sábado 27 de Noviembre.—Una semana más, que concluye hoy, y estamos todavía en este país.

Desde la tormenta del lunes por la noche, Baozich está más desierto; los rusos, los austriacos, los italianos y los alemanes han partido, por prudencia, para ir á mojarse más lejos, á la bahía de Maligna. Quedamos nosotros solos con los franceses.

Estos—los franceses—no van á menudo á tierra; en los senderos de la montaña no se encuentran más que pastores y aldeanos slavos.

Todavía hay rosas en los jardinillos de las cabañas de Baozich, así como florecillas en las rocas; y las últimas escabiosas y las flores de mirto se ven aún en ciertos rincones en que dá el sol. Todavía hay hermosos días tibios, que tienen esa melanco-

lía inexplicable del otoño que acaba; todavía un cielo límpido y azul, cobija bajo su bóveda pálida las amarillas hojas de los bosques.

Hoy, por vez primera, he entrado con Pascuala en casa de sus amos, mientras éstos estaban en el campo.

Su choza parece tan antigua y tan musgosa como la roca que la rodea. La luz del sol llega hasta allí, matizada de verde, por el ramaje de las encinas. El interior es húmedo y sombrío, y está ennegrecido por el humo de dos ó tres siglos. No sabría yo explicar qué encanto de otro tiempo se mezcla allí con estos aspectos de pobreza y de salvajismo.

En el fondo brillan cosas preciosas sobre las piedras del muro: ¡los talismanes protectores de la estancia! Los santos tienen repisas carcomidas, y sus caras, alteradas por el tiempo, expresiones indecisas y misteriosas; los vestidos están hechos con placas de plata repujada, y una lámpara antigua, también de plata, está colgada delante de ellos. Debajo están enganchados dos fusiles de chispa, que tienen culatas de nacar y cañones damasquinados de un modo magnífico.

Este es, en efecto, el mayor lujo de los slavos, que se conservan primitivos en sus montañas: talismanes y armas resplandecientes, en medio de una gran miseria.

Por la noche hace frío. Cerrada completamente ésta, cuando yo regreso, no brilla una luz en la campiña; no se sabe á dónde encaminarse con tal obscuridad, y al pié de los bosques todo es negro.

En la posada de Baozich hay siempre hogueras de sarmientos, donde se calientan los aldeanos. Pero en el cercado de los olivos, las nieblas húmedas de Noviembre y el frío de la noche nos dejan helados sobre nuestra almohada de raíces; la luna, que pasa lentamente por cima de nuestras cabezas, á través de los ligeros dibujos del follaje, ha tomado ya el color y la rigidez propios del invierno, y las primeras nieves que han ocurrido ya en el Montenegro han blanqueado las elevadas cimas de sus montañas.

Estar solos por la noche, rodeados de esta naturaleza; sentir el frío juntos, envueltos en una manta y en una capa, en medio del silencio y de la obscuridad de este bosque, son impresiones antes para mí desconocidas. Estas noches tienen un encanto misterioso que yo no sabría explicar.

Domingo 28 de Noviembre.—¡Ya estamos en alta mar!..... Es por la tarde: la tierra ha desaparecido completamente entre las oscuras brumas.

Al ponerse el sol, el Montenegro, que se alejaba, parecía un gran incendio en el horizonte; y después todo se ha extinguido, para siempre, ante mis ojos.

¡Todo se ha acabado!..... ¡se acabó la montaña de Baozich; se acabó este país de los slavs, donde jamás volveré ya; se acabó el amor de Pascual!.....

Ayer por la noche, después de haberla dejado en el cercado de los olivos bajé á la playa donde, como siempre, mi canoa me esperaba.

Los marineros estaban muy contentos; reían y bailaban: acababa de llegar, por medio de las señales de noche al *Temerario*, una orden de partir al

día siguiente, á las doce de la tarde, para regresar á los mares del Norte; y me anunciaban esto con una alegría loca.

¿Qué hacer?..... Tan tarde, era imposible volver al bosque. Además, Pascuala seguramente estaba en su cabaña, recogida y acostada en su cama de pastora.....

Esta mañana, domingo, tuvimos un nuevo aviso. La partida debe adelantarse y el *Temerario* ha de ponerse en camino á las ocho.

Yo, que estaba levantado antes de amanecer, solicité y obtuve del comandante una canoa á condición de no pasar allí más que media hora.

Apenas había salido el sol cuando llego á la playa de Baozich. La mañana está fría, pero clara. Solamente en el fondo de los valles se ven las blancas neblinas del otoño. La nieve brilla en las cimas. El camino por tierra es una alfombra de hojas secas.

Giovani está ya en la playa; monta en su barca y prepara la vela para ir hasta Rizano.

Me lanza al pasar una mirada despreciativa y triste. Yo le estrecharía la mano de muy buena gana, si me atreviera á acercarme á él. Me ve seguir corriendo el camino que conduce á la cabaña de su hermana, y me mira con desconfianza.

Yo corro, escalo las piedras de este sendero, en que las hierbas y los mirtos están empapados del rocío de la mañana.

Pero la cabaña está vacía. Los dos viejos han salido ya al campo, y Pascuala, más madrugadora que yo, no sé dónde habrá ido con sus corderos y sus cabras.

Pasa la hora: una gran angustia se apodera de repente de mí, al mismo tiempo que una opresión de corazón, á la sola idea de partir sin verla, y corro en su busca.

Registro todos los rincones de alrededor adonde ella tenía costumbre de conducir su rebaño. No encuentro nada, ni á nadie; bajo los castaños, bajo las encinas, todo está en silencio; aunque escucho atentamente, no oigo por ninguna parte el ruido de las campanillas de las cabras; nada más que las hojas secas, que caen unas tras otras sobre el musgo.

Llamo «¡Pascuala!» y nada me responde. Sin duda se ha dirigido á la parte alta de la montaña, á una meseta que está muy distante, en donde abunda la hierba.

Ha pasado la hora; es preciso regresar á la mar.

Cuando menos, quiero volver á ver el cercado de los olivos y el magnífico árbol en cuyo tronco nos